

Bolívar, educador de pueblos

Escribe: GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

“Yo ofrezco que ningún objeto será de tanta preferencia para mí, en lo sucesivo, como la dirección de esos retoños de la vida, de esos ciudadanos que van a ser los sucesores de nuestros derechos, de nuestra libertad y de nuestra independencia, para que conserven estos preciosos bienes por sus virtudes y su ilustración. La instrucción que enriquece las facultades del alma, es el complemento de la naturaleza. Yo dirigiré, desde ahora, mis pasos a la instrucción de los pueblos.

BOLIVAR”.

Una tarde del mes de septiembre de 1810, en la residencia de la calle Grafton, hogar del Precursor don Francisco de Miranda, el Embajador de la Capitanía General de Venezuela en Londres, Coronel don Simón Bolívar, escucha entusiasmado de labios del fogoso innovador de la pedagogía, don José Lancaster, la exposición de su nuevo sistema educativo. Con esa su vivacidad característica caen sobre Bolívar las nuevas involvidables impresiones que un día se harán palpables dentro del pensamiento educativo del gran Libertador. Las ideas del británico se conjugan ampliamente con las ideas del caraqueño y hechas jirones quedan esparcidas a través de la carrera de Bolívar.

“El hombre, ha dicho Taine, es la adición de su raza”. La filiación filosófica del Padre de la Patria no se arraiga en el filosofismo ambiente, ni ha de buscarse en los cánones viejos.

Un soplo de viento, viento de fronda, como dijera alguno, sopla recio en el litoral americano. Pero ni Antonio Nariño es de la casta de Francisco Javier Caro, ni Simón Bolívar lo es de la de Emparán. El ciclo abierto por las ciencias naturales en la Nueva Granada desde la cátedra de José Celestino Mutis se cierra con el Precursor. Más rápido aún, aunque no estrecho, el Padre Andújar es el Mutis y Bosio de Simón Bolívar.

De aquí surge el ecléctico. Tres siglos de divagaciones metafísicas se enfrentan en lucha con la física pura; el ente de razón defiende su avanzada y, por sobre la vieja tradición, la tierra ya no puede ser detenida en su movimiento rotatorio. Al principio es fuente rumorosa, que se torna en riachuelo y en torrente y en río que se precipita enloquecido y frente a frente con el océano invencible, el choque lo convierte en irisada espuma y ya son uno. Las aguas nuevas traen la regeneración de las doctrinas filosóficas: Platón, se hace San Agustín. El filósofo sensualista de los primeros años, el que bebe las doctrinas de Locke, Condillac, Helvetius, Montesquieu, Filangieri, Rousseau, Voltaire y Berthot, volverá sus ojos al escolasticismo y buscará en la moral cristiana la base de la verdadera educación.

De su abolengo helénico y romano no desmienten las arengas militares, las oraciones de serenidad patricia y de las aulas académicas de San Fernando, el sabio Ustáriz hará brotar al estratega incomparable. "El Emilio" hecho carne de su carne por Simón Rodríguez no olvidará jamás al Padre Andújar, a cuyo influjo, un día será Simón Bolívar a la manera de un Chesterfield católico.

Angostura, Belén del Derecho Constitucional colombiano, escucha atónita al dictador que con expresión de iluminado echa los cimientos de la Gran Colombia e imprime su espíritu genial a la institución republicana. ¿Cuál su pensamiento en torno al ideal educativo?

"La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su areópago y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus Tribunales domésticos y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser vir-

tuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos, debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público”.

Días y días de continuo batallar se suceden. Reposado el coloso, en breves horas de trajinado aliento, después de Boyacá y organizada sobre ruinas humeantes la Nueva Granada, el primer pensamiento de Bolívar se realiza en un colegio para huérfanos. Diezmada casi una generación por los cadalsos de don Pablo Morillo, los hijos de los mártires terminarán en fecha no remota la sinfonía inconclusa de sus progenitores y llenarán con sus nombres y su gloria la generación que comienza. Por eso el primer pensamiento de Bolívar vuela hacia los pequeños ciudadanos. Santander interpreta la voluntad del Padre, al consagrar en decreto memorable establecimiento de tan amplias perspectivas.

De las riberas del Orinoco hasta las alturas del Potosí, y más allá, confundido para siempre con el iris de la nieve perpetua, flota ya el tricolor grancolombiano, que la mano noble y digna y generosa sabe plantarlo en la eminencia donde flotará perennemente. La ciudad de los Reyes derriba sus murallas para recibir al triunfador que ya no es héroe, ni rey, porque aquéllo más bien recuerda una apoteosis. Doblegado sobre la mesa del festín, el alba le sorprende “ceñido no del pámpano lascivo que cifra la molicie, sino del laurel acre que galardona al triunfador”. Y contrastan con semejante ambiente las palabras del discípulo de don Simón Rodríguez al menor de su sobrino Fernando: “La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que

ningún maestro puede descuidar". Y días más tarde escribe largas páginas que guardan todo el oro de su pensamiento educativo.

En plena campaña del Perú le sorprende la visita del norteamericano Hiram Paulding. Departen confidencialmente y, una mañana, cuenta el yankee en rasgo memorable de Bolívar en campaña, rueda la conversación sobre asuntos religiosos y dice el Libertador: "La libertad de religión debe ser consecuencia de las instituciones libres y de un sistema de educación general. Yo he hecho establecer el sistema lancasteriano en todo Colombia, y eso sólo hará a la generación venidera muy superior a la presente".

Catorce años han pasado desde su entrevista con el innovador inglés y Bolívar no olvida las impresiones recibidas. Lancaster en oposición a Bell de quien toma su sistema, educa a sus discípulos a base de la moral natural, con prescindencia de todo credo religioso, dejando al libre albedrío de sus alumnos el que éstos, según su criterio, escojan la doctrina que a bien tengan, y ésto, hasta el momento, cautiva a Bolívar lo propio que el sistema pedagógico de los monitores que estimula poderosamente a los educandos y los lleva a superarse.

Desde el 25 de mayo de 1824 el pedagogo inglés está en Caracas. Le animan los más poderosos ideales para completar la obra de la libertad. Tan buena nueva sorprende a Bolívar en Lima. La misiva de Lancaster le dice:

"Ha producido en mi mente las más agradables reflexiones el hecho de que la juventud de tu ciudad natal sea la primera que experimente en Colombia el beneficio completo de mi sistema; que los ciudadanos de Caracas sean los primeros, estando tú ausente y a una gran distancia, en aprovechar la ocasión no sólo invitándome a venir aquí sino tomando medidas que servirán de modelo grande y provechoso para tu patria.

"Convencido estoy, por cuanto veo y oigo, que la emancipación de la mente en la juventud de tu ciudad natal y de tu patria, es la única medida que al parecer falta para coronar las libertades con la plenitud de la gloria y el honor. La educación solamente puede efectuar esa tarea y espero que ya que *mi sistema* excitó en tu mente un interés tan vivo y poderoso cuando estabas en Londres, recibirá ahora tu aprobación decidida y tu apoyo personal".

La carta le llega en momento en que el Congreso del Perú, rivalizando en generosidad con sus libertadores, decreta a favor de Bolívar una recompensa de un millón de pesos. El desinterés del Presidente se resiste y viene un duelo de notas que hacen alto honor a entrambas partes. El Congreso decide la contienda, ordenando que la cuantiosa suma se reparta entre los soldados victoriosos y la ciudad cuna del genio de América. Que para el hijo que la ha inmortalizado basta la medalla ordenada por el propio gobierno, porque ella sola colma la medida de los ilimitados deseos del fundador de la Gran Colombia.

En Caracas la buena nueva es acogida y el pedagogo inglés encuentra colmados sus deseos: "El Gobierno del Perú ha sido muy generoso conmigo de mil modos, escribe Bolívar a Lancaster, y poniendo además un millón de pesos a mis órdenes para el beneficio de los colombianos. La educación pública llamará mi preferencia en el reparto de este fondo. Por lo mismo no tengo el menor inconveniente en promover la mejora de los establecimientos de educación que usted dirige con su hermoso genio".

Las escuelas del nuevo sistema nacen en Caracas dotadas por el Libertador sobre la fe de la generosa donación del Perú. Veinte mil pesos recibe Lancaster en una letra, protestada cuando el instituto ha comprado, según lo convenido, libros, instrumentos, imprenta... Sin fondos el Perú, fallido su empréstito extranjero, Bolívar, en las postrimerías de su vida, ha de ordenar, al confidente incomparable Fernández de Madrid, la redención de aquella deuda con libranzas sobre las minas de Aroa, único patrimonio que le resta al antes acaudalado caraqueño. El Padre de la Patria lo es también de las escuelas de Lancaster.

Crecen pues los nuevos ciudadanos alimentados con la doctrina inglesa. El Cabildo caraqueño del año 25 mueve una tempestad contra la nueva forma pedagógica que casi la aniquila, a tal punto que Bolívar escribe:

"Mas cuál ha sido mi sorpresa al saber que la muy ilustre Municipalidad del año pasado en lugar de propender a que se extendiese un plan tan útil a la juventud de Caracas lo ha combatido desde su principio. Por esta consideración es que al fin me he determinado a dirigirme a vuestra señoría ilustrísima con el objeto de reclamar contra un abuso que aun no puedo creer y a interesar el celo y patriotismo de esa Municipalidad

a fin de que, lejos de oponerse a las miras verdaderamente benéficas del señor Lancaster, les preste toda aquella protección que es su deber dar a establecimientos que tiendan a la propagación de las luces y que interesa tan inmediatamente al pueblo que ella tiene el honor de representar”.

Y es en estos mismos días cuando escribe páginas inolvidables que encierran todo su pensamiento sobre educación e instrucción públicas:

“El Gobierno forma la moral de los pueblos, los encamina a la grandeza, a la prosperidad y al poder. ¿Por qué? Porque, teniendo a su cargo los elementos de la sociedad, establece la educación pública y la dirige. La nación será sabia, virtuosa, guerrera si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares: ella será imbecil, supersticiosa, afeminada y fanática si se la cria en la escuela de estos errores. Por esto es que las sociedades ilustradas han puesto siempre la educación entre las bases de sus instituciones políticas. Véase la República de Platón. Mas, ¿para qué hemos de examinar teorías? Véase a Atenas la madre de las ciencias y de las artes; a Roma, la señora del mundo; a la virtuosa e invencible Esparta; a la República de los Estados Unidos, el trono de la libertad y el asilo de las virtudes. De dónde sacaron, exclama, ¿lo que han sido y lo que son?”. Y ahora sus palabras se hacen dogma. “En efecto: las naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si ésta vuela, retrogradan, si retrograda, se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe, o absolutamente se abandona”.

“El Director de una escuela, escribe, es decir, el hombre generoso y amante de la Patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado, que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda benemérito de la Patria: merece la veneración del pueblo y el aprecio del Gobierno. El debe alentarlo y concederle distinciones honrosas.

“Claro está, que no hablo de los que llaman *Maestros de Escuela*: es decir, de aquellos hombres comunes, que armados del azote, de un ceño tétrico y de una declamación perpetua ofrecen, más bien la imagen de Plutón, que la de un filósofo benigno.

“Aquí se enseñan más preocupaciones que verdades: es la escuela de los espíritus serviles, donde se aprende con otros vicios el disimulo y la hipocresía y donde el miedo no permite al corazón el goce de otra sensación. Fuera semejantes tiranos: que vayan a Salamanca que allí tendrán lugar”.

Lejos, muy lejos, anhela el Libertador ver aherrojados los hermosos nombres maestro y escuela, que ésta se llame Sociedad y aquél, Director.

¿Y cuál el sistema pedagógico bolivariano?

“Formar el espíritu y el corazón de la juventud, hé aquí la ciencia del Director: este es su fin. Cuando su prudencia y habilidad llegaron a grabar en el alma de los niños los principios cardinales de la virtud y del honor; cuando consiguió de tal modo disponer su corazón por medio de ejemplos y demostraciones sencillas que se inflamen más a la vista de una divisa que los honra, que con la oferta de una onza de oro; cuando los inquieta más la consideración de no acertar a merecer el premio, o con el sufrimiento de un sonrojo, que la privación de los juguetes y diversiones a que son aficionados, entonces, es cuando ha puesto el fundamento sólido de la Sociedad, ha clavado el aguijón que inspirando una noble audacia a los niños, se sienten con fuerza para arrostrar el halago de la ociosidad, por consagrarse al trabajo. La juventud va a hacer progresos inauditos en las artes y ciencias...

“Los premios y castigos morales, deben ser el estímulo de racionales tiernos; el rigor y el azote, el de las bestias. Este sistema produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones. Contribuye en gran manera a formar la moral del hombre, creando en su interior este tesoro inestimable, por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra, hombre de bien”.

Y aquí vienen nítidos preceptos para el fiel cumplimiento de la educación. Máximas inalterables para el buen educador, sistemas pedagógicos notables, aseo, mucho aseo; modales finos, dicción clara; previene el escollo de los barbarismos y los solecismos y encarga que “se llamen las cosas con sus propios nombres, sin alterarlos”. Los monitores de Lancaster y el todo las escuelas públicas “porque además de las ventajas que proporciona el roce y el trato con gentes de distintos genios, aquí,

dice, es donde se contraen las verdaderas amistades, aquéllas que duran para toda la vida. Siguiendo esta idea, yo haría, escribe Bolívar, que cada niño eligiera otro de la sociedad a su gusto, estrechándose con él más que con ningún otro. El objeto de este enlace podía ser el de defenderse recíprocamente delante del Director, y en cualesquiera otra ocasión, auxiliarse, partir las comodidades, corregirse y estar unidos”.

El Libertador prescribe textos y métodos y establece “Para aprender los principios de la Historia Sagrada y de la Religión, el Catecismo de Flery y el Padre Astete”.

¡La hora de prueba ha sonado ya! Los dulces días del palacio de La Magdalena se tornan en la torturante expectativa del derrumbamiento. Todo amenaza perecer: hombres, ideas e instituciones chocan víctimas del cataclismo. La carta Boliviana, como un huracán lo arremolina todo. De los claustros de San Bartolomé se precipitan avasalladoras las doctrinas de Bentham y Tracy, haciendo fulgurar el puñal parricida. Las ideas se han vuelto contra el que regara la semilla. Y ahora, frente a frente, se miran el río y el mar. El choque es funesto. El que estampa en el Código: “El desarrollo moral del hombre es la primera intención del Legislador: luego que este desarrollo llega a lograrse, el hombre apoya su moral en las verdades reveladas, y profesa de hecho, la Religión, que es tanto más eficaz, cuanto que la ha adquirido por investigaciones propias”, dicta el célebre decreto proscribiendo el libre examen, anatematizando el sensualismo y creando en las Universidades y Colegios, la cátedra de Moral Católica, cifra y base de toda educación.

El dogma bolivariano hecho realidad:

“Las naciones marchan hacia el término de su grandeza con el mismo paso con que camina la educación:

“Ellas vuelan, si ésta vuela: retrogradan si retrograda; se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe, o absolutamente se abandona”.

BIBLIOGRAFIA:

Memorias del General O'Leary, Tomo XII, Caracas, 1881. Vicente Lecuna, *Papeles de Bolívar*, Caracas, 1917, y *Cartas del Libertador*, 10 volúmenes, Caracas, 1930. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Venezuela, Tomo XVII, número 66. *Leyes y Decretos de Colombia*, 1819 a 1828.